True Love



Terry Tintoretti

Vision Libros

TRUE LOVE

TERRY TINTORETTI

TRUE LOVE

Vision Libros

TRUE LOVE
© TERRY TINTORETTI
© Editorial: Vision Libros
Calle San Benito 21 Local
Tel: 0034 91 3117696 url: www.visionlibros.com
Vision Libros es marca registrada de Vision Netware S.L.

ISBN: 978-84-9886-323-9
Descargado de: www.visionlibros.com

Diseño base cubierta: Marian González
reflejandoelazul@visionnet.es

Maquetación: Magda C. Vargas
magdac_vargas@visionnet.es

Distribuye y produce:
Distribucion de publicaciones C/ Magnolias 35 Bis,
Local. 28029 Madrid.

Pedidos a: pedidos@visionnet.es
www.distribuciondepublicaciones.com

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida, ni registrada, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

El Viaje

Aún medio dormida, no quería abrir los ojos para que mi sueño no terminase, pero cuando lo hice él estaba a mi lado, también bajo una manta, descansando plácidamente. Su semblante transmitía una imagen de paz, y el hecho de que mi sueño no fuera tal, sino la realidad con la que siempre había soñado, me llenó de felicidad. Mirándole, sin moverme para no interrumpir su descanso, me pareció imposible que en tan corto espacio de tiempo hubiéramos llegado tan lejos.

Me acurruqué bajo la manta tratando de contener mi inmensa alegría, nervios, emoción y todo tipo de sensaciones. No podía definir lo mucho que sentía, debido a los acontecimientos de los últimos días que habían cambiado el rumbo de mi vida.

Había una luz tenue y de fondo se oía una dulce melodía. El ruido de los motores se hizo más intenso y él abrió los ojos.

—¿Velando mi sueño? —preguntó Edward sonriendo.

—Dormías como un angelito.

—Tú también has dormido bastante.

—Estaba muerta de cansancio con la emoción del viaje, la conexión en Nueva York y el lío de las maletas. Me encanta que te encargues de todo.

—No tienes que preocuparte de nada —dijo Edward dándome un beso en la frente—. Está siendo un viaje bastante bueno, pero estoy deseando llegar. ¿Te apetece tomar algo?

—No, gracias.

—Creo que pronto llegaremos a San Francisco.

—Estoy loca por ver a Margaret y contarle nuestra aventura. ¿Pensará que estamos locos?

—¡Vive en California! Le parecerá lo más normal del mundo.

—Tienes razón. Antes, mientras dormías, me parecía todo tan irreal…

—Sabes que no lo es. ¿Quieres ir a refrescarte un poco antes de aterrizar?

—Sí. ¡Debo tener una pinta!

Retiró su manta y se levantó. Cogí mi bolso y desaparecí por el pasillo. Cuando volví Edward tenía ordenadas todas sus cosas.

—¡Qué bien hueles! Yo también voy a asearme un poco.

Mientras esperaba su vuelta organicé mi bolso y me preocupé del paquete con la figurita de **Lladró** que habíamos comprado para Margaret en el aeropuerto. Cuando Edward volvió tenía todo controlado.

—¡Ahora tú también hueles muy bien!

—Entonces voy a aprovechar la ocasión para besarte, ¿no te parece?

Me besó dulcemente y en cuanto lo hizo se encendieron las luces y se nos informó del inminente aterrizaje. Reímos y nos sentimos como dos críos sorprendidos ante una chiquillada.

—¡Estoy loca por llegar! Guardaste la dirección de Margaret y su teléfono, ¿verdad? No me sorprendería que estuviera en el aeropuerto y quiero explicarle todo con tranquilidad antes de que te conozca.

—Tengo la dirección y tú también la mía. Te llamaré mañana a una hora razonable. Quiero ver a primera hora a mi gente y es probable que tengamos bastante trabajo durante unos días, pero trataré de librarme de ellos en algún momento.

—Me imagino que mañana no saldremos porque yo estaré muy cansada. No sé qué planes tendrá Margaret para estos días.

—En cuanto me organice me gustaría que vinierais a cenar a casa. También quiero invitar a mis socios. ¡Qué sorpresa se van a llevar! Vivian es la experta en finanzas y Bill arquitecto. Susan, la esposa de Bill, es una decoradora muy creativa que también colabora con nosotros. Estoy deseando que los conozcas a todos.

Enseguida tomamos tierra y poco después estábamos recogiendo el equipaje.

—Me alegro de haberme decidido por este maletín y no haber traído mi bolso de **Vuitton**. Al verlo junto a tus maletas se hubiera notado mucho que no es "the real thing" —dije cuando vi de nuevo las preciosas maletas de Edward.

—¡No seas tonta! —dijo Edward riendo.

—Yo saldré delante y veré si está Margaret esperándome.

—¡No te vayas a la francesa! —dijo Edward cogiéndome del brazo—. ¡Sólo un beso de despedida!

—Llama mañana y si te dicen que estoy durmiendo como un tronco habla con Margaret. En cuanto le haya explicado todo estará deseando cotillear contigo.

—Eso haré. ¡No me olvides!

—¡Como si pudiera! Allí está Margaret. ¡Adiós, adiós!

Margaret me vio enseguida y nos abrazamos mientras sonreíamos y se nos saltaban las lágrimas. Aunque en la distancia, ella había sido mi mejor amiga durante los últimos años. Nos conocimos en Londres, ya que su marido y ella eran clientes de la sucursal de mi banco. Cuando me trasladaron a Madrid, vinieron a vernos a mi madre y a mí y nosotras también visitamos San Francisco en varias ocasiones. Su marido y mi madre fallecieron con poco tiempo de diferencia y después ninguna de las dos habíamos viajado al otro lado del charco para volver a vernos, aunque seguíamos estando en contacto.

Nacida en Hong Kong, de madre inglesa y padre portugués relacionado con la diplomacia, Margaret era la más

pequeña de cinco hermanos. La familia, con Li y Chu un matrimonio chino que había estado toda la vida a su servicio—, se trasladó a California cuando mi amiga era muy joven y en San Francisco conoció al que sería su marido. Robert, nacido en Inglaterra, llevaba varios años establecido en California con importantes negocios de importación y transporte cuando se casó con Margaret.

Encontré a Margaret estupenda de aspecto y dinamismo. Un poco mayor que yo —había superado la barrera de los cincuenta hacía unos años—, era alta y delgada; su pelo era blanco, casi color platino; su tez pálida y sus ojos expresivos. Su sentido del humor, vitalidad y simpatía no tenían rival.

—¡Elisa, por fin! ¿Qué tal estás? ¿Has tenido un buen viaje? ¡Qué alegría que estés aquí!

—¡Qué ilusión volver a verte, Margaret! ¡Estás estupenda!

—¡Aduladora! ¡Tú sí que estás igual! ¿Por qué has tardado tanto en volver? Tenemos que contarnos muchas cosas. Vayámonos cuanto antes. Li y Chu están deseando volver a verte.

—Me alegro de que estén bien.

El coche estaba justo a la salida. Metí el maletín en el portaequipajes y enseguida nos pusimos en camino. Al poco tiempo llegamos a la preciosa casa de Margaret.

La Llegada

Antes de que se detuviera el coche, Li y Chu ya habían salido de la casa y nos esperaban sonrientes. Li era la típica chinita menuda, sonriente y siempre ocupada. Aunque su inglés era perfecto, nunca decía frases largas, pero utilizaba la palabra adecuada. A su marido, Chu, siempre se le veía hacer su trabajo sonriente y feliz.

—¡Bienvenida, Miss Eli, bienvenida! —dijeron ambos.

—Gracias —dije dándole un par de besos a Li y después estrechando la mano a Chu—. Yo también me alegro mucho de veros.

—Li tiene preparado su plato preferido, Miss Eli —dijo Chu sacando del coche mi maletín.

—¡Tu exquisito pato! —dije ilusionada—. Muchas gracias, Li.

Entramos en la casa que encontré tan acogedora como siempre.

—Veo que has hecho algunos cambios.

—Esta casa me trae por la calle de la amargura —aseguró Margaret—. Siempre hay algo que reparar, o decido hacer cambios, y pasan siglos antes de verlos realizados. Ya te contaré, pero antes sube a tu habitación y ponte cómoda. Luego tomaremos algo y charlaremos. ¡Estoy deseando que me cuentes tu vida!

—Yo también quiero contarte cosas. Mira, ésta es una figurita de las que coleccionas que te he comprado en el aeropuerto, porque decidí venir de pronto y no tuve tiempo de nada. Ya me dirás si te gusta —dije dándosela a Margaret.

—Muchas gracias —dijo Margaret ilusionada dándome dos besos—. Eres un encanto. Voy a verla ahora mismo.

—Enseguida estoy contigo. Dame diez minutos —dije subiendo las escaleras.

Cuando llegué a la que siempre había sido mi habitación Chu ya había dejado allí mi maletín y Li estaba corriendo las cortinas.

—¿Quiere que le ayude, Miss Eli?

—No es necesario, Li, muchas gracias.

—De nada, Miss Eli, de nada —contestó Li sonriente cerrando la puerta tras de sí.

La habitación era amplia, maravillosamente amueblada al estilo inglés, con un ventanal y una pequeña terraza con vistas al jardín. Como siempre, había un precioso centro de flores y en la coqueta todo tipo de perfumes y cosméticos. Saqué las cuatro cosas que llevaba en mi maletín, me duché, me puse ropa limpia, me arreglé un poco y bajé corriendo a la salita con el tapiz.

—¡Mira lo que te he traído de Madrid! —le dije a Margaret en cuanto entré.

—¿Otra cosa? —preguntó Margaret—. La figurita de **Lladró** es finísima.

—¡Esto sí que te va a encantar! —dije dándole el tapiz.

—¡Un tapiz! —dijo Margaret ilusionada desenrollándolo—. Es una preciosidad.

—Lo había comprado recientemente para casa, pero cuando decidí venir pensé que te gustaría. Yo puedo comprar otro cuando vuelva.

—Muchas gracias pero, ¡eres un caso! Ya veremos dónde lo ponemos. Ahora siéntate y cuéntame todo sobre ti. Li ha preparado una serie de cosas que sabemos te gustan y las tomaremos aquí mismo. Mañana haremos una vida más organizada, dependiendo de cómo te encuentres y lo que te apetezca hacer.

Li nos sirvió consomé y dejó bandejas con sándwiches de lengua, paté, otras con el pato aquel que tanto me gus-